

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario general prosiguió su viaje por el obispado de Chiapa”

p. 39-44

Antonio de Ciudad Real

*Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes*

*Tomo II*

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156\\_02/tratado\\_curioso.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

## [CAPÍTULO LXII]

*De cómo el padre comisario general prosiguió su viaje por el obispado de Chiapa*

Dejando en Amatenango a fray Lorenzo Cañizares que dijese misa a los indios y a fray Cristóbal, el lego, para que le ayudase, salió el padre comisario con su secretario de aquel lugar, domingo siete de septiembre a la una de la madrugada, y allí junto a las casas pasó una ciénaga muy mala y en ella seis o siete acequias por otras tantas puentes de madera; después pasó un arroyo por otra puente y llegó a un pueblo pequeño de los mismos indios, obispado y visita, llamado Teopixca, media legua de Amatenango; pasó de largo, y andadas cinco leguas de camino muy malo, de lodo, cieno y pedregales y pasadas en ellas tres arroyos y últimamente una larga y mala cuesta y un río que se pasa por una puente de madera, llegó a la Cibdad Real de Chiapa y se entró en nuestro convento que está a la entrada, la primera casa de la cibdad; cogió a los españoles y frailes muy descuidados, y unos y otros se hallaron muy afrentados y corridos de no haberle hecho el recibimiento que pensaban hacer, quejándose todos porque no se les había dado aviso de su ida, porque aunque lo dio el padre comisario desde Amatenango, nunca llegó el que le traía por causa de lo mucho que llovió aquella tarde y noche. Dijo misa en llegando, y acudieron después los religiosos de Santo Domingo y la justicia y principales de la cibdad a verle, y todos le hicieron mucha caridad y regalo aquel día y el siguiente que se detuvo allí; y es tanta la devoción que los vecinos tienen a nuestro hábito, que estaban concertados y determinados los principales de dar de comer al padre comisario y a sus frailes, por su orden y tanda, todo el tiempo que allí estuviese, aunque fuese mucho. Pero como se detuvo tan poco, como dicho es, diéronle para el camino algunas cajetas, marquesotes y bizcocho, cosa que ninguno otro pueblo hasta entonces había con él hecho.

Está aquella cibdad fundada en un valle muy grande, cercado casi por todas partes de cerros, de suerte que el río sobredicho y un arroyo que está antes dél y otros que se le juntan de la otra parte de la cibdad no tienen por dónde salir, pero proveyó Dios de un sumidero no lejos de allí, en el cual se hunde toda aquella agua, y tienen todos los vecinos cuidado de que esté limpio para que no se haga alguna laguna, con que se hunda la cibdad, la cual tenía como ciento cincuenta vecinos españoles, gente honrada y noble, aunque pobre; las casas son de árboles cubiertas de teja; allí tiene su silla el obispo de Chiapa, y sin la iglesia catedral hay un con-

vento de Santo Domingo y otro de nuestra orden, que ha pocos años que se fundó; íbase haciendo de adobes y cubierto de paja, que aun no estaba acabado; su vocación es de San Antonio. Residían en él cuatro religiosos los cuales tienen a cargo unos pocos indios mexicanos de los que fueron con los españoles cuando la conquista, y moran junto al convento, y algunos pueblos de indios quelemes. Hace en aquella cibdad y valle mucho frío, dase trigo y cebada, danse duraznos muy buenos y maravillosas manzanas y otras frutas de Castilla; hácese por allí cal y yeso, y hay unos minerales de ámbar amarillo y transparente de que hacen rosarios y otras cosas. Cógese por allí la tecamahaca, resina muy medicinal, y críanse muy lindos caballos, especialmente unos que se llaman de la casta rica, los cuales son muy preciados y tenidos en mucho en toda la Nueva España. Hay junto a Chiapa muchos prados y zacatales y por eso en lengua mexicana la llaman Zacatlán, que quiere decir Lugar de zacate o yerba; y en todo aquel valle, y aun casi en todo aquel camino, desde Totoncapa hasta Chiapa de los Indios, en las tierras frías, hay mucha abundancia de una yerba que tiene el sabor y la propiedad del anís, la cual se llama en Castilla quijones o guijones.

Martes nueve de septiembre, dejando en Chiapa a fray Cristóbal, el lego, algo achacoso, que quiso quedarse en aquella provincia, y llevando en su lugar a un fray Antonio de Villa Real, sacerdote y confesor de la del Santo Evangelio, que era uno de los muchos que de aquella provincia habían ido a Guatemala en su seguimiento, y llevando asimesmo por guía a otro sacerdote de aquel convento, llamado fray Juan Núñez, salió el padre comisario general de aquella cibdad, poco antes que amaneciese. Luego en saliendo del pueblo, se pasa un río por una puente de piedra, y andada legua y media de camino lleno de agua y lodo, en que pasan cinco arroyos, llegó a un buen pueblo de los mismos indios quelemes y del mismo obispado de Chiapa, visita de los frailes dominicos, llamado Tzinacantan, donde se dan muchos duraznos, peras y manzanas. Pasó de largo y andadas cinco leguas y media, en que se pasan cinco arroyos y tres veces un río, llegó a medio día muy cansado a otro buen pueblo de los mismos indios, obispado y visita, llamado Iztapa, gente muy devota, y que le hizo mucha caridad; y apenas había entrado en el aposento cuando comenzó a llover, y llovió bien un buen rato. Las seis leguas de las siete sobredichas son de muy mal camino, de cuestras muy altas y agras, con bajadas y subidas muy dificultosas, aunque siempre se va bajando, y de pasos y reventones tan trabajosos y de tanto peligro, que fue milagro no caer aquella mañana muchas veces; entre éstos había uno, al bajar de una cuesta, orilla un río, con tanto cieno y barro algo seco en que se metían las bestias hasta la barriga, que fue gran dicha no quedarse allí plantadas,

pero salieron deste mal paso poco a poco, con el favor de Dios, y pasado el río comenzaron a subir otra cuesta muy más alta que la otra, y tan empinada que iba el camino por una loma o ladera muy angosta, dando vueltas y culebreando. Había puestos palos a la una y a la otra parte del camino para que no se despeñasen las bestias en unas barrancas muy hondas que estaban a sus lados; en una destas vueltas se atravesó la calbagadura en que iba el padre comisario, de tal suerte, que temieron los demás que se había de despeñar, y temiendo él lo mismo dio un apretón tan recio y picóla con tanta furia y presteza, que la hizo subir un paso muy empinado, con lo cual se libró de aquel peligro; luego en aquella misma cuesta dio en otro barrizal peor que el referido, y no fue posible que la bestia saliese dél hasta que se apeó della en el mismo barranco. Subida esta cuesta no había ya nadie que se pudiese tener en pie; todos iban trasudando y carleando, y las bestias temblando sin se poder menear, y el calor del sol era recísimo, y no había quien le pudiese sufrir, que era ya cerca de las once; con esta necesidad tan grande se asentó el padre comisario al pie de una encina que hacía una poca de sombra, y con sus compañeros comió unas manzanas y duraznos de los de Chiapa, y bebió del agua que, en una barranquilla allí cerca, halló un indio que los guiaba, el cual tuvo la culpa de lo que en aquellas dos cuestas padeció el padre comisario, porque le guió por aquel camino, que por ser tan malo no se usaba ya, ni iba nadie por él. Es tanta la variedad de temples que hay por allí, que menos de un tiro de arcabuz de donde había tanto lodo y barro, como queda dicho, estaba el camino tan seco, que había polvo en él. El pueblo de Iztapa es de buen temple, danse en él duraznos, higos, manzanas, aguacates y piñas grandes de tierra caliente; detúvose allí el padre comisario todo aquel día.

Miércoles diez de septiembre salió de aquel pueblo una hora antes del día, y en saliendo dél bajó a oscuras una gran barranca y pasó un arroyo que corre por ella; pasadas después unas costezuelas pasó otro arroyo que cerca de allí se junta con el primero, y acabada de subir la barranca y pasadas otras lagunas y otros dos arroyos, y un riachuelo por una puente de piedra, bajó últimamente otra cuesta larguísima y muy penosa, y andadas en todo esto cuatro leguas llegó a un gran pueblo llamado Chiapa de los Indios (a diferencia de la otra Chiapa), del mismo obispado y de una lengua que llaman cendal; fuese derecho al convento de Santo Domingo donde dijo misa luego en llegando; después le dieron de comer y descansó hasta la tarde. Es aquel convento bueno y la iglesia bien edificada; moraban en él cuatro o cinco religiosos, y tenía el prior (que era un viejo honrado) una enfermedad tan rara que por ser tal pareció ser bien ponerla aquí. La enfermedad era de aradores, tan mala y penosa que causaba

lástima; certificó el pobre enfermo al padre comisario que había día que le sacaban de las manos cien aradores, y día de ciento veinte, y otros de ciento y cuarenta, y que aquel día con ser tan de mañana, que aun no eran las nueve, le habían sacado sesenta; y dijo que le había procedido aquella enfermedad de comer en cierta ocasión mucha leche de cabras enfermas. El asiento de aquel pueblo es en un valle muy ancho y muy largo, al modo del de Cuernavaca en la provincia de México y casi tan caliente, fundado cerca del río caudaloso de la Canoa que ya había el padre comisario pasado dos veces, como queda dicho, el cual va por allí muy soberbio y poderoso. El pueblo es de mucha vecindad y tiene las casas y las calles bien concertadas; hay en él una gran plaza y en la plaza una fuente hecha de ladrillos con mucho primor y galanía, es de bóveda y tiene quince arcos y un caracol, por el cual suben a lo alto, y una pila muy grande en que por muchos caños cae la agua. Sin esta fuente hay otras dos, una a la entrada del pueblo y otra a la salida; los indios de aquel pueblo, así ellos como ellas, andan bien vestidos, a su modo.

Aquel mismo día, miércoles diez de septiembre, a la una de la tarde, salió de Chiapa el padre comisario, y pasado junto a las mismas casas un riachuelo, y después, poco más adelante, el río grande sobredicho en una gran canoa, y luego cuatro arroyos, y andadas dos leguas, llegó cuando el sol se ponía a un bonito pueblo llamado Tuchtla, del mismo obispado, visita de dominicos, de unos indios llamados zoques, los cuales le recibieron muy bien y dieron de cenar con mucha caridad y devoción. Padeció allí aquella noche gran persecución de chinches, y detúvose tanto en aquellas dos leguas porque casi las tres horas se estuvo a la orilla del río grande, en la arena, al resistero del sol y atormentado de mosquitos, aguardando pasaje; iba el río crecidísimo y llevaba un gran cuarto de legua de ancho, y para poder salir con la canoa al varadero de la otra parte, subíanla un gran trecho río arriba, y después la furiosa corriente del agua la pasaba. Pasaron las cabalgaduras a nado, llevándolas de los cabestros los indios que iban en la canoa, después pasó el padre comisario y sus compañeros, en lo cual se gastó mucho tiempo; y con ir este río de aquella manera, le pasaban los indios en unas canoillas, tan pequeñas, que apenas cabían dos hombres en cada una, y aun dos o tres indios le pasaron aquella tarde, puesta su ropa en las cabezas, cosa cierta de admiración. Pero críanse en el agua, y desde pequeños comienzan a usar aquel oficio de nadar, como aquella misma tarde lo vio y consideró el padre comisario, que unos muchachuelos muy chicos se subían en los árboles

muy altos que caen sobre el río, y de allí se arrojaban al agua y nadaban un rato y después tornaban a subir a los árboles y a echarse otra y otras veces, con que pierden el miedo al agua y se hacen diestros en nadar. Este río entra en el Mar del Norte por la provincia de Yucatán, y llámase allá el río de Dos Bocas, porque poco antes que entre se divide en dos brazos.

Aquel pueblo de Tuchtla es el último que tienen a cargo los frailes de Santo Domingo en aquella provincia de Guatemala y Chiapa (que toda es una) y en él y en todos los demás tienen puesto muy buen orden, concierto y policía entre los indios, los cuales están muy bien doctrinados y enseñados en las cosas de la fe, en lo cual han trabajado y trabajan mucho con grande religión y ejemplo, que ciertos son muy observantes y pobres, y tienen muy edificada toda aquella tierra.

Jueves once de septiembre salió el padre comisario de Tuchtla, una hora antes que amaneciese, y pasada una gran legua de camino llano, pero lleno de charcos, lodo y cenagales, y después dos arroyos y dos ríos, por puentes de madera, y subida y bajada una mala cuesta, llegó a un pueblo llamado Xiquipila la Chica, cinco leguas de Tuchtla, de los mismos indios y obispado, visita de clérigos. Recebiéronle con mucho amor, díjoles luego misa, y acudió todo el pueblo a oírlo; detúvose con ellos todo el día. Hubo aquella mañana gran tormenta y persecución de mosquitos, que con mucha porfía procuraban entrarse por las narices, ojos y orejas. En la ribera de uno de los ríos sobredichos hay muchos y muy gruesos y altos árboles del tamaño de sabinas, los cuales, aunque tienen diferente el parecer, su olor y propiedad es de enebro de España y sácase de ellos un aceite que hace el mismo efecto que el que se saca del enebro, al que llaman miera.

Viernes doce de septiembre salió de aquel pueblo el padre comisario, como media hora antes del día, porque lo mucho que llovió aquella noche no le dejó tomar más la mañana, y andadas cuatro leguas en que se pasa un riachuelo por puente de madera y unas cienaguillas y se baja una gran cuesta, y después por lo bajo se pasa un arroyo, llegó a un río que llaman de la Xiquipila, que entonces iba de avenida y llevaba mucha agua; comenzóle a vadear un indio que iba por guía, pero no pudo porque estaba muy hondo y corría con gran ímpetu; llegó a esta sazón a la otra banda un indio pasajero, el cual, a ruego del padre comisario, fue a llamar al canoero a un pueblo dos leguas de allí. Encontróle en el camino y volviéronse juntos al río, y traída la canoa que tenía escondida entre unos árboles, pasó en ella al padre comisario y a sus compañeros; las bestias

pasaron a nado, llevando un indio la una del cabestro con la una mano y con sola la otra nadando, y tras ésta fueron las otras muy de su voluntad, libres y sueltas, que cierto era de ver. Pasado el río prosiguió su viaje el padre comisario, y andadas otras dos leguas de buen camino, llegó muy fatigado y desmayado a medio día en punto a otro buen pueblo de los mismos indios zoques (que por otro nombre se llaman mixes), y del mismo obispado de Chiapa, visita también de clérigos, llamado Xiquipila la Grande, donde los indios le hicieron mucha caridad, diéronle a comer huevos y frioles e iguanas, y descansó allí todo aquel día. Estaban cerrados los aposentos del clérigo y habíase él llevado las llaves, y así hubo ruin comodo y recado para dormir. Llovió mucho aquella tarde, cayó un recio aguacero y luego otro y otros muchos, con tanta agua, que no pensó el padre comisario poder salir de allí el día siguiente, pero fue Dios servido que no fuesen bastantes aquellas aguas para impedirle el camino, y que nunca más le lloviese cosa que le diese pena, hasta llegar a la provincia de Michoacán, donde de todo punto se habían ya alzado las aguas. Hasta aquel pueblo de la Xiquipila mucho había llovido al padre comisario por todo el camino, pero con el favor de Dios, cuando venía el aguacero, ya estaba en la posada, y así desde Guatemala a lo de México, y aun más adelante, no se mojó cosa notable. Hácense en aquellas dos Xiquipilas muchas y muy buenas hamacas, que son las camas que atrás queda dicho.

Sábado trece de septiembre salió el padre comisario muy de madrugada de aquel pueblo, y junto a las mismas casas pasó un río que se llama también de la Xiquipila, y es el mismo que el día antes había pasado en la canoa, el cual por lo mucho que aquella tarde había llovido iba muy crecido y furioso, pero por tener buen vado y ancho y llano le pasó muy bien, yendo delante un indio a caballo por guía, y otro a pie alumbrando con teas encendidas. Pasados después cinco arroyos, hechos del agua que había llovido, y andadas tres leguas y media, llegó poco antes que el sol saliese a una estancia que llaman de Vázquiáñez o de Redondo. Pasó de largo el padre comisario, y andadas otras dos leguas no largas llegó a otra estancia del mismo Redondo o Vazquiáñez, y sin detenerse en ella bajó a un río que corre allí cerca; pasólo, y en su ribera descansó un rato, y comió una poca de conserva y bizcocho, tornó a proseguir su viaje, y andadas dos leguas grandes en que se pasan dos arroyos, llegó a otra estancia llamada Macuilapa, que era de un clérigo honrado y muy devoto, el cual le recibió con mucho contento y alegría y le dio de comer y cenar con mucha devoción y caridad; allí le trujeron que viese por cosa maravillosa unas cañas de maíz, las cuales, aunque estaban cortadas algo altas, tenían más de veinte pies de largo.